

CIUDAD Y REGION

Por Roberto Pineda Giraldo
Antropólogo

Tanto geográficamente como en su estructura económica y en su composición social, al igual que en las expresiones culturales, Colombia es un paisaje de regiones, de ámbitos espaciales con rasgos propios, que le han conferido una imagen de diversidad. Pero para el tema que nos ocupa, más que hablar de regiones, prefiero hacerlo de regionalizaciones, es decir, de modelos elaborados sobre parámetros cuya finalidad es circunscribir un fenómeno a un espacio determinado, en un tiempo también dado. Aunque parezca un juego de palabras decir que no hablo de regiones culturales, sino de culturas regionales, prefiero este último término porque con él estoy calificando las culturas (como regionales), en tanto que en el otro caso, estoy adjetivando las regiones (de culturales); con lo cual quiero decir que el objetivo no es llegar a encontrar y delimitar de manera exacta una región o varias regiones culturales, sino a comprobar las variedades que puede exhibir *la cultura* en el contexto espacial mayor de la nación-estado o sociedad-estado colombiana, en este caso. Esas variedades pueden diferir, tanto en número como en la delimitación espacial, según sean los parámetros que se tomen como referencia para el modelo, tal como se ha comprobado. Esta es la realidad histórica. Los términos geográficos de las regiones que se han reconocido para Colombia, a partir del final del siglo XVIII en varios momentos y por varios autores⁽¹⁾ no coinciden unas con otras, aunque si se destacan los perfiles de las más caracterizadas. Se puede decir que en los espacios temporales que median entre una y otra, han ocurrido desarrollos

⁽¹⁾ Ospina Vásquez (1979) [1955] distingue para finales del s. XVIII cuatro regiones: la Franja Oriental, densamente poblada, que acentuaba el 60% de la población total (800.000 almas); la del Cauca, con Popayán como epicentro urbano, que servía como subcapital para el oeste y el suroeste del país, con población superior a 100.000 hbs. (+ o - 13% del total); la antioqueña, cuya población no llega a los 50.000 habitantes (+ o - 6% del total) y la costeña, donde estaban los puertos mas importantes marítimos, 160.000 hbs. (20%).

subregionales que hoy aparecen como unidades diferenciadas. La última que se hizo con un verdadero criterio antropológico, utilizando principalmente parámetros culturales, se aparta también de las demás⁽²⁾, posiblemente por su mayor rigurosidad y precisión en la escogencia y la aplicación de los indicadores, que inclusive le permitieron a la autora romper en algunos casos la continuidad geográfica. De allí que no las llame regiones, sino complejos culturales.

Aceptando que en términos muy generales la región o el complejo cultural son la resultante de la interacción procesual sociedad/medio-ambiente físico, y que la condición inseparable de la sociedad es la *variabilidad* se podría esperar que un nuevo intento de regionalización cultural que se hiciera ahora, arrojaría como resultado un número mayor de modalidades o subculturas. Incluiría, de una parte, las que por alguna razón no se definieron en las clasificaciones anteriores (p.e. San Andrés y Providencia) y de otra, las que se perfilan como nuevas, en razón de procesos de recombinaciones poblacionales y, por lo mismo, culturales (tengo en mente zonas como el Urabá antioqueño, el Putumayo, la Guajira, etc), lo cual serviría, además, para mostrar que las regionalizaciones no tienen validez permanente en su delimitación espacial. Miradas en esa perspectiva dinámica y diacrónica, se podrían señalar hitos importantes (sociales, económicos, políticos) para definir en períodos caracterizados sucesivos, las subculturas o modalidades regionales. Ellas variarían de uno a otro, por efecto de factores y circunstancias propios del ámbito mayor y de peculiaridades concomitantes regionales o locales que provocan el efecto diferencial.

Pero el objetivo de esta conferencia no es estudiar el concepto de región, ni pormenorizar los actuales complejos culturales o culturas regionales: las anteriores líneas sirven sólo para introducir los ámbitos espaciales de la unidad territorial y social inmediatamente superior en escala a la ciudad, para situar a la última en el contexto de su sociedad mayor inmediata, la de la región, dentro del cual tienen que enmarcarse los estudios urbanos, por el hecho de que una y otra, no solo se interrelacionan, sino que forman parte de un todo integrado. Además, ese contexto sirve generosamente para el estudio de niveles superiores. Yo lo he adoptado para intentar -a largo plazo- el estudio analítico de la cultura nacional, cualquiera sea el alcance que se de a ese término, recurso que permite ir de lo particular (región, complejo cultural) a lo general (país, cultura nacional) en un esquema comparativo (cross cultural), tomando como locus de las temáticas, la ciudad y el pueblo. Y para lo que interesa en esta cátedra, restringiré el campo a estudiar como se interinfluyen o como interaccionan región y ciudad.

⁽²⁾ Gutiérrez de Pineda (1969). Pueden verse también las regiones culturales en Vila (1945), Góez (1947) y Banco de la República (1960).

Aclaro que no intento, como lo hace el urbanismo y en parte también la antropología de la pobreza, constreñirme a la dicotomía rural/urbana y a sus efectos sobre la cultura y la personalidad de los migrantes, sino a inquirir los factores de interdependencia y sus efectos generales, con la consideración adicional de que en ese ámbito hay gradaciones: urbes, ciudades mayores, ciudades intermedias, pueblos, aldeas. . . que rompen la dicotomía y pueden, algunas de ellas, servir de mediadores entre los extremos del continuum: el campo (sociológica y culturalmente *el campesino*) y la ciudad o la urbe (*el urbanita, el ciudadano*). Estas unidades, aunque así lo parezca, no están desarticuladas ni son independientes, sino que forman parte de un todo, la región, que como la ciudad en su ámbito, es una entidad integrada en sí misma, por un elemento aglutinador: la cultura. A la ciudad se le ha reconocido un rol de primacía que se podría expresar diciendo que el influjo que ejerce sobre el campo es mayor y más intenso que el que lo rural ejerce sobre ella. Esto se debe traducir en un efecto de urbanización constante, que, siguiendo la lógica, acabará por cubrir toda el área de su influencia. Ello es cierto cuando se trabaja con modelos gravitacionales y se sustenta la teoría del modernismo⁽³⁾; pero, en la realidad, no tiene una validez universal. Para los efectos culturales, Bonfil (1973) demuestra como en un caso, Cholula, la fórmula del modelo gravitacional no opera y, por el contrario, produce el efecto inverso, por lo menos en lo que atañe a uno de los índices de urbanización reconocidos por Redfield: "la secularización, la pérdida de importancia relativa de la religión y, en consecuencia, de la conducta ritual y tradicional".

"Aquí -en Cholula- por el contrario, los efectos de la cercanía de una gran ciudad han sido desurbanizadores en muchos aspectos. Más aún: esa misma cercanía es uno de los factores fundamentales que explican la persistencia de una forma de vida en la que la religión tiene una importancia central y conlleva la existencia de formas de conducta tradicionales y ritualizadas".

Interesa este punto, porque allí el autor enfatiza la relación ciudad-región, cuando hace la afirmación de que la persistencia de esa forma de vida se explica porque hay "un doble carácter en la influencia de la ciudad

⁽³⁾ De acuerdo con esa teoría, urbanización es concomitante sino sinónimo de modernismo: lo rural, lo es de tradicionalismo. El contraste entre uno y otro se marca de manera más resaltante en la división del trabajo, el estado de la tecnología, el grado de urbanización, la economía, el sistema de estratificación social, la educación y las comunicaciones y valores. (Para un estudio en detalle. v. Kahl (1970). La dicotomía moderno/tradicional ha sido rebatida, en cuanto a opuestos de un continuum. Bonfil demuestra que en un mismo locus se da esa que él llama "dicotomía insostenible", en Cholula, una ciudad pequeña "industrializada, con cultura predominantemente mestiza. . . con una economía capitalista, pero un complejo de instituciones religiosas tradicionales de carácter corporativo que, según las ideas más usuales debieron ser las primeras en desaparecer a lo largo del proceso histórico de la ciudad".

sobre su ámbito circundante: de una parte, los estímulos urbanizadores señalados por Redfield y, de otra, factores que inhiben el desarrollo urbano, cuya relación de fuerzas determina, en cada caso, el “efecto final - urbanizador o desurbanizador- que la ciudad habrá de producir en las diversas localidades de su área de influencia”: y se explica también, porque la distancia o la frecuencia e intensidad de los contactos no son “los factores únicos ni primordiales para determinar la dirección del cambio”, sino que es la *naturaleza* de la relación entre las dos localidades consideradas la que si influye de manera determinante en él y esa naturaleza depende finalmente de las características históricas fundamentales de la sociedad global en la que ocurre tal relación”. (272).

En el caso Pueblo Cholula (Puebla se ha tomado como la sociedad mayor), la *naturaleza* de la relación es de dependencia asimétrica en detrimento de la segunda y beneficio de la primera, dado que Puebla, en la Colonia, era la ciudad española, mientras Cholula era de los indios, de los conquistados y colonizados, y perdió frente a Puebla el dominio efectivo de su área de influencia de pre-conquista, así como el comercio de exportación, la comunicación con la capital, etc., pero siguió siendo el centro de su antigua región, bien por poder delegado de Puebla o en asuntos que la administración no quería manejar. En la Colonia, Puebla atraía como en un modelo gravitacional y Cholula mantenía una influencia real dentro de la comarca en niveles menores, excepto en el ámbito religioso, con el Santuario de la Virgen de los Remedios (edificado sobre la antigua pirámide ritual prehispánica), que no tenía rival en Puebla. Pero sigue siendo indígena hasta mediados del s. XIX “cuando puede hablarse realmente de la quiebra del sistema colonial en la región”. Modernamente, debido al desarrollo de las vías de comunicación, un sector de la población, oriunda de Cholula, vive en Puebla, aún cuando trabaje y mantenga intereses en aquella, con ocurrencia más frecuente de este hecho, en los estratos sociales altos (la inmensa mayoría de profesionales entre ellos). Además el personal técnico, administrativo y directivo de las fábricas y oficinas de Cholula es gente que vive en Puebla. Hay, de otro lado, la gente que vive en Cholula y trabaja en Puebla: obreros fabriles, albañiles, empleados domésticos, etc: todo lo cual demuestra una relación asimétrica.

En Cholula desaparecieron las élites locales, que en vez de estimular el cambio, como se piensa en general, hace posible la persistencia de elementos y estructuras tradicionales; entre otras razones, porque las élites locales no han sido substituidas por un sector modernizado y por el carácter desurbanizador de la relación con Puebla.

La relación entre las dos ciudades es de dependencia asimétrica, en lo que toca con la administración pública, la economía - particularmente en trabajo, como acaba de verse; en comercio, en política - dada la estructura

rígidamente jerarquizada del partido revolucionario institucional: PRI, en, la que Puebla está por lo menos una escala arriba de Cholula y puede decidir sobre algunos asuntos-: en las relaciones sociales, en educación (la enseñanza superior está en Puebla) y aún en religión, toda vez que el arzobispado está en Puebla. En esa relación de asimetría. Cholula mantiene sin embargo una posición de intermediaria entre ciudad y campo."En esas condiciones -escribe Bonfil- se explica la correlación entre centralización y modernización, por una parte y excentricidad y tradicionalismos por otra:"

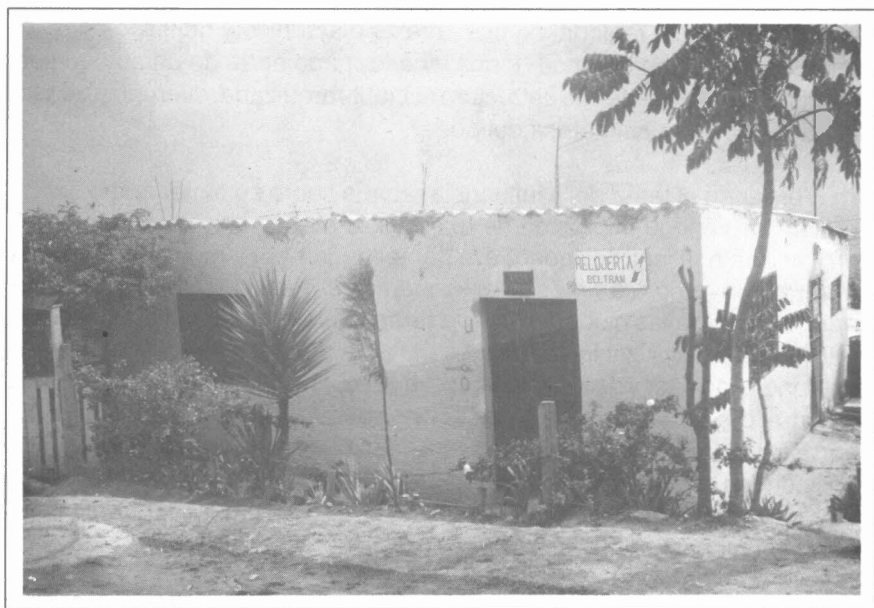
Desconozco la existencia de otros estudios para América Latina que como *La ciudad sagrada en la era industrial* analicen las relaciones de interdependencia regional en un contexto diacrónico y holístico en cuanto cada unidad comprometida "forma y ha formado parte de un ámbito social mayor" con sociedades de estructura social jerarquizada, diferencial, basada en la distribución asimétrica del poder.

Volviendo al tema de la influencia urbana sobre su hinterland o sobre la región, se tiene la impresión de que, por lo menos en la era industrial, el proceso va del centro (ciudad) a la periferia (campo) y muy poco o nada en el sentido inverso. Ya vimos en el esquema de Redfield-Singer que el orden ortogenético de las ciudades queda referido casi solo a un tiempo pasado, en ciudades y civilizaciones antiguas, y en la urbanización primaria, que se confunde con ese orden ortogenético, en el cual la sociedad folk se urbaniza y con ello se transforma en una sociedad campesina y el centro urbano correlacionado, con una cultura que permanece como matriz para las sociedades campesinas y urbanas, una cultura sagrada que los intelectuales van transfiriendo gradualmente a las ciudades, pero modificada, sofisticada, hasta convertirla en la "Gran Tradición".

Los países latinoamericanos no caben en esa casilla, porque las culturas folk -con excepciones- fueron desarticuladas, en buena manera deculturadas y privadas de su continuidad evolutiva en términos de sí mismas, por efecto de la conquista y la colonización subsiguiente. Pero ello no significa que la evolución urbana haya copiado en molde europeo, ni que hubiera un solo molde de urbanización, a pesar de la constancia interactiva, codificada en un momento del trazado urbanístico reticular de las fundaciones y del esquema de repartición territorial y distribución espacial en concordancia con la estructura social castal del régimen colonial. Todo induce a pensar que las condiciones particulares de cada área, condujeron a desarrollos urbanos también particulares, dentro de lineamientos generales, que indican los efectos locales y el impacto diferencial frente a una sociedad - estado mayor.

Harris (1964), por ejemplo, distingue tres tipos de poblamiento, en relación con la distribución racial en América Latina: los altiplanos (hjothlands),

donde predominan americanos (indios), europeos y sus mezclas (mestizos): las tierras bajas tropicales y semitropicales costaneras, con mayoría de africanos, europeos y sus mezclas (mulatos): y el sur templado, con predominio casi exclusivo de europeos. Aunque hay una relación clara entre distribución racial y geografía, el autor se centra sobre todo en un análisis sociocultural histórico, a partir del tipo de sociedades que ocupaban como habitantes originarios las diversas regiones: en los altiplanos, comunidades que ya habían configurado estados (América Central y los Andes Centrales): en el resto del Nuevo Mundo, aborígenes que en el mejor de los casos habían llegado a conformar cacicazgos.



A raíz del contacto, y en virtud de la explotación de recursos por los europeos en su beneficio, se establecen varias formas de conscripción laboral y de tributación de la “mayor significación” para la comprensión de América Latina contemporánea, porque

“Los tipos de acomodación logrados por los varios componentes raciales y culturales en América Latina son en gran medida, la consecuencia del intento de utilizar provechosamente la población aborígen en beneficio de las empresas lucrativas europeas. . .

“El problema de la fuerza de trabajo en América Latina se ha resuelto de varias maneras, radicalmente diferentes, cada una de las cuales, en últimas, depende de la naturaleza de las culturas de pre-contacto y cada una de las cuales, a su vez, se asocia en tiempos modernos con un patrón particular de relaciones de raza”. (11)

En los altiplanos, la relación laboral se estableció con mano de obra indígena, mediatizada por jefes naturales títeres de los colonizadores: en las tierras bajas, el fracaso de los intentos de esclavización y de disponibilidad de la fuerza de trabajo nativo, se superó con la importación de esclavos africanos, estableciéndose entonces, simultáneamente, dos patrones laborales: el coloniaje en los altiplanos, que mantiene a la población nativa en su propio mundo cultural, aunque sometida civil y políticamente a los colonizadores, sobre los cuales ejercen vigilancia muy directamente las autoridades civiles y eclesiásticas, las primeras por motivos políticos y fiscales, las segundas en razón de la evangelización; y la plantación, mucho más independiente de esa vigilancia y en donde lo laboral se rige por la relación escueta amo-esclavo.

Estos dos patrones, originan dos modos de vida diferentes, que se distinguen, además, por algunos rasgos culturales, entre ellos, la forma de los asentamientos, el idioma, la vivienda, la vida política, las bases de la subsistencia, las artesanías, la religión. . .

Un esquema como el de Harris se puede aplicar a Colombia, acomodado a las peculiaridades de la distribución espacial y la organización social y política de las comunidades prehispánicas y de la utilización de mano de obra esclavista en empresas de índole distinta a la plantación. El resultado será una variedad de situaciones sociopolíticas, en diferentes espacios territoriales (regiones?) con unos epicentros (ciudades) desde donde se ejerce el poder. Uno puede señalar, de paso, el altiplano cundiboyacense, con Bogotá y Tunja como epicentros: El Cauca y su ámbito minero, con su centro en Popayán, Antioquia, con sus dos epicentros (Antioquia durante el primer período y posteriormente Medellín), etc.

Los estudios históricos que se han venido ocupando de la historia colonial, dejan entrever las relaciones asimétricas ciudad-región, desde época muy temprana por la función que los centros "urbanos" tuvieron como puntos de partida de exploraciones y explotaciones de territorios circundantes y de recursos humanos. (Colmenares, 1979, Jaramillo Uribe, 1989, Twinam, 1982).

Jaramillo Uribe, por ejemplo, en su capítulo "Ideas para una caracterización sociocultural de las regiones colombianas" (1989, 59 *passim*) en el que propone seis regiones para finales del siglo XVIII, con base en la distribución (racial) de la población, los grandes rasgos de la estructura socioeconómica y la existencia o subsistencia de una arquitectura de carácter español, muestra algunos rasgos de las relaciones ciudad-región. En la Costa Atlántica, las ciudades, en particular Cartagena, "aparecen como un orbe aparte del gran hinterland rural. . . " con una sociedad "más densa y compleja, de escasas conexiones con la periferia", en la cual, la esclavitud

le confiere el carácter a una sociedad esclavista que requiere," . . . además de un cierto volumen de esclavos, cortas distancias sociales, convivencia sea en torno a la mansión urbana o a la casa-hacienda rural, - y que el señor habite en ella. Es decir, que se den unas circunstancias como las que ha descrito Gilberto Freyre en su libro *Casa grande y senzala* al estudiar la sociedad esclavista del nordeste del Brasil. . . condiciones. . . que solo se dieron entre nosotros en Cartagena y en la Provincia del Cauca, con centro en Popayán" (70) En el ámbito regional de Cartagena, se conformó una sociedad rural "dispersa, poco tutelada por los propietarios, por las autoridades coloniales o por la Iglesia misionera" (71), situación que repite la descrita por Harris para las plantaciones y que, de acuerdo con Jaramillo "no presenta variaciones notables en el panorama del siglo XIX y es posible que hasta fechas muy recientes muchas de sus características se hayan conservado".

La situación de la región Caucana se asemeja a la de la Costa, en cuanto en Popayán se configura también una sociedad esclavista, aristocrática con asiento en Popayán, ciudad, que, al contrario de Cartagena, no da la espalda a su hinterland, porque en él, además de la minería, como recurso, está la mano de obra indígena que, con mayores o menores dificultades, es explotada por los colonizadores, con una influencia de la encomienda tan vigorosa, que estableció una relación de dependencia entre encomenderos e indígenas "muy cercana a la servidumbre feudal. . . heredada de hecho por los campesinos indígenas y mestizos. . . (que) se prolongo hasta el período republicano". Hay una integración, desde luego asimétrica entre ciudad y región. Además de que "Popayán no solo era el centro de reales de minas (en Caloto y en Almaguer), sino que en la ciudad residían algunos propietarios importantes de minas en Choco, Barbacoas y el Pacífico" (Colmenares, 1979, 60): y de que la ciudad se convirtió en el siglo XVII en una intermediaria del comercio de esclavos entre Cartagena y Quito; y también "mercadeaba los textiles quiteños y los tejidos de Pasto" (Twinam, 1982, 113).

En la región Cundinamarca-Boyacá, la más poblada de entonces, que comprendía partes del actual departamento de Santander (Tunja, Socorro, Vélez . . .) el papel de Bogotá es sobresaliente, como centro administrativo burocrático, que rebasa los límites de la región para influir sobre todo el territorio del virreinato, como irradiación de la cultura española, a través de una sociedad en la que la encomienda, como sistema de explotación del recurso humano indígena, establece también relaciones patriarcales de dominación, próximas al estado feudal de vida. En Antioquia, a finales del s. XVIII, Medellín y Rionegro figuraban como cabezas subregionales, estimuladas por la minería de Santa Rosa, la primera y, por su posición estratégica en las rutas comerciales y para la distribución de mercancías a los centros mineros la segunda. (Twinam. 1982 120-121).

La constante que parece desprenderse es la de relaciones asimétricas a nivel regional, entre el centro urbano predominante y los otros centros menores y las áreas rurales circundantes, en virtud de realidades políticas, económicas, sociales y aún religiosas. Y estas relaciones, como lo sugieren los mismos autores, se han mantenido a lo largo del proceso histórico, sin que dejen de operarse cambios de epicentros y efectos desurbanizadores como uno podría establecer en un estudio detallado para Popayán, por ejemplo.

La interrelación ciudad-región, con un alcance mucho más amplio que el del siglo XVIII, cobra mayor importancia con el establecimiento de la planificación, como orientación para el desarrollo nacional. En 1969, Fornaguera y Guhl propusieron una regionalización del país, sobre bases poblacionales, ya no de distribución por castas, sino de los efectos migratorios, en los periodos intercensales 1938-1951 y 1951-1964, de vialidad, del flujo de tráfico, de relaciones comerciales y económicas a través de un centro urbano que es el *epicentro* de un conglomerado humano estructural y funcionalmente vinculado a él. Tales centros urbanos dieron el nombre a las 6 grandes regiones, con excepción de la caldense (Barranquilla, Medellín, Caldense, Cali, Bogotá y Bucaramanga) y a las 73 comarcas.

Si bien esta regionalización tiene un acento marcadamente económico, algunas de las relaciones entre los hinterland y los centros urbanos correspondientes, dejan entrever un entramado no solo económico y social, sino también marcadamente cultural; pero este último, con un radio más reducido, que a veces no sobrepasa los límites comarcales. Transcribo algunas de ellas:

“El análisis de los datos rurales a nivel municipal y sondeos realizados en áreas reducidas parecen indicar que ciertas zonas de agricultura tradicional presentan movimientos migratorios de corto radio que asumen el carácter de intracomarcales. Este fenómeno parece especialmente notorio en áreas donde el campesino explota la tierra sin títulos de propiedad. . . Dicha población es mucho más inestable y móvil que la que posee propiedades. . . Las migraciones de corto radio se desarrollan dentro de áreas ecológicas y culturales relativamente homogéneas. Tal fenómeno asociado a la intensa emigración hacia las ciudades sugiere que el campesino prefiere en general desplazarse a centros urbanos que a áreas climáticas, ecológicas y culturales muy distintas a la de su origen”.

“A pesar de ciertas y notables diferencias regionales. . . la migración urbana tiende a concentrarse sobre sus cabeceras. . . Así en el periodo comprendido entre 1951 y 1964, el 60.7% de la inmigración urbana se concentró en 6 cabeceras regionales, solo un 21.7% fue a las 67 restantes cabeceras comarcales y el saldo 17.6% a otros centros, que son cerca de 400.”

A nivel regional "uno de los resultados más significativos. . . es el que muestra que los SEM (saldos de efecto migratorio) de emigración rural tienden a igualarse con los de inmigración urbana, pero con signo contrario, de tal manera que los saldos para la población total tienden a minimizarse. Este resultado hace presumir que la población rural de una región tiene alta preferencia, en su emigración, por las respectivas cabeceras regionales y comarcales. . ." (18-20).



Lo anterior está demostrando el entramado inseparable región (sociedad mayor)-ciudad, que debe servir de punto de referencia para los estudios antropológicos urbanos: en ese entramado figuran las relaciones asimétricas de diverso orden que caracterizan el discurrir sociedad mayor/sociedad menor y particularidades de cada ámbito, que son las que la confieren su caracterización, su individualidad, según los parámetros o indicadores que se tomen como referencia para analizarlas. Los culturales tienen que llevar el sello característico de "lo urbano", que distinga el modo de vida de las ciudades, frente (no necesariamente en oposición) a lo rural que abarcaría lo pueblerino y que, frecuentemente, solo corresponde a matices, a modalidades de variación muy tenue de un mismo rasgo o a valores, expresiones (rituales como en el caso de Cholula), tradiciones etc, que se acentúan en uno de los ámbitos, pero dentro del mismo universo cultural.

BIBLIOGRAFIA DE REFERENCIA

Bonfil Batalla, Guillermo 1973. Cholula. La Ciudad Sagrada en la Era Industrial, Universidad Autónoma de México, México.

Colmenares, Germán 1979. Popayán una Sociedad Esclavista, Historia Económica y Social de Colombia. Tomo II, Medellín.

Fornaguera, Miguel y Guhl, Ernesto 1969. Colombia, Ordenación del Territorio en Base del Epicentrismo Regional, Universidad Nacional, Bogotá.

Gutiérrez de Pineda, Virginia 1968. Familia y Cultura en Colombia, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá.

Harris, Marvin, 1964 Patterns of Race in the Americans, Walker and Company, New York.

Jaramillo Uribe, Jaime, 1989. Ensayos de Historia Social (Dos Tomos), Tercer Mundo Editores, Bogotá.

Kahl, Joseph A., 1970. The Measurement of Modernism. A Study of Values in Brazil and México, The University of Texas Press, Austin and London.

Redfield, Robert and Milton B. Singer, 1954. "The Cultural Role of Cities", Economic Development and Culture Change III, 1 pp. 53-73.

Twinam, Ann, 1982. Mineros, Comerciantes y Labradores. Las Raíces del Espíritu Empresarial en Antioquia: 1763-1810, FAES, MEDELLIN.